

mucho menos aquellas comuniones en las cuales la jerarquía episcopal ha sido destruida, y mucho menos aún aquellas donde sólo hay seglares. Existe otro más radical y absoluto obstáculo para la santidad de nuestras iglesias: su propia doctrina inmoral.

Al leer esta palabra última, John se detuvo un rato, y, vacilante, preguntó al viejo:—¿Quereis verdaderamente decir que entre nosotros se enseñan doctrinas inmorales?

—Leed, respondió Smith.

John leyó: “¿Qué cosa existe más inmoral que decir al hombre: Tú no eres libre al hacer el bien ó el mal? ¿Qué mayor obstáculo para las buenas obras que decir al hombre: Tus obras buenas no logran gracia cerca de Dios, ni te hacen merecedor de ningún premio en el cielo? ¿Qué mayor licencia para el delito que decir al hombre: Tus vicios no te perjudican, si los cubres con la fe? ¿Qué mayor excitación para que aleje de sí todo pensamiento de salud que decir al hombre: Si Dios te ha predestinado para el cielo, te salvarás; si no, te perderás; nada puedes obtener con tu voluntad y con tus esfuerzos? Yo sin embargo, todos estos dogmas están más ó me-

nos largamente defendidos en las profesiones protestantes, al paso que la Iglesia romana los proscribiera. Nace de aquí que toda bondad moral en el protestante es ilógica, y que por la virtud de su religión debería ser impío, fraudulento, disoluto y ladrón, libremente y sin remordimiento. Es honrado sólo porque el grito de la conciencia humana, más fuerte aún que el de su profesión, fuérsale á renegar en la práctica de los principios protestantes; en tanto es hombre bueno en cuanto abjura sus dogmas fundamentales; así como en tanto es ruin en cuanto los escucha, convirtiéndolos en su norma práctica. Luego no hay que buscar en ninguna de nuestras iglesias la santidad intrínseca, siendo nuestros dictámenes subversivos de toda santidad; por idénticas y más poderosas razones, no están dotadas de la virtud santificadora de sus individuos.”

—Sin embargo, dijo John, creo que hay entre los católicos gente peor que yo, por más que, según ellos, las buenas obras producen frutos de vida eterna, y que no haya creído lo contrario hasta el día de ayer. También mi madre . . . Miss Julia puede servir de testimonio.

—Julia repuso pronto:—Precisamente

por la razón que ha indicado el señor Smith; porque vuestra honradez sofoca los principios profesados; en otras palabras, porque vuestra conciencia es papista, gritando inexorablemente: "El bien es bien, place á Dios, asegura su amistad y la salvación eterna," en otras palabras aún: "porque el corazón, naturalmente católico, va contra la inteligencia protestante."

El joven no se mostró muy satisfecho de tal explicación; siguió la lectura: "De todos los distintivos con que Jesucristo adornó su sociedad, el más espléndido y el más esencial es indudablemente la unidad, unidad de fraternidad, de gobierno y de doctrina: así como es uno el Cristo, es una su esposa, como se llama la iglesia en las divinas Escrituras. Ahora bien: es precisamente el distintivo que al protestantismo falta, sin linaje de duda. No me ha costado nunca resolver esta cuestión; es demasiado clara. Abro la biblia, y la iglesia de Cristo resplandece bajo el nombre de *reino*; en el protestantismo no hallo ni el monarca reinante ni el pueblo regido. La iglesia es designada en la Escritura con el nombre de *familia*; en el protestantismo no encuentro ni el padre que mande, ni los hijos que obedezcan. San Pablo llama *cuer-*

po á la Iglesia: vanamente busco la cabeza de los miembros protestantes. Cristo imagina la iglesia bajo el concepto de grey y de rebaño; entre nosotros nunca he visto al único pastor de esta grey desbandada en cien grupos. La denominación del cristianismo (según Cristo) más propia, es la voz *Iglesia*; esto es, reunión, asamblea, sociedad; y el protestantismo está formado por cien sociedades esparcidas que se producen las unas á las otras, dividiéndose luego y dispersándose sin depender de una común autoridad, sin asemejarse por su fe, sin vínculo de comunión fraterna. ¡A lo menos si alguna de ellas, separada una vez de la Iglesia romana, hubiese reconocido algún jefe único y estable! Mas no: cada una de las iglesias particulares de la reforma nació pareciéndose á su madre, y tuvo por decirlo así, la humorada de ramificarse en otras subiglesias, que á su vez acabaron y se subdividieron. En una palabra: el protestantismo á los ojos de un imparcial, no es una iglesia, sino iglesias reducidas á polvo."

—No puedo imaginar, dijo Julia interrumpiéndole, qué sustituiréis á esta demolición general . . .

Dejadme concluir, dijo el viejo, y vereis que mi lógica es como la lanza de Aquiles: hiere y sana.

John tomó el cuaderno algo más tranquilizado, y se puso á leer: "Nada es más obstinado que los hechos: vedlos aquí, según los cuentan nuestros mismos escritores. Cada una de nuestras iglesias nació de una rebelión contra otra preexistente. Comenzó Lutero, el gran rebelde, imitador de los anteriores rebeldes Valdo, Wiclef, Huss, como éstos habían imitado á los rebeldes más antiguos, Pelagio, Nestorio, Arrio y Simón Mago. He aquí que al lado de Lutero se rebela Calvino, se rebela Zuinglio, y se rebela Enrique VIII. En medio siglo contábanse ya treinta ó cuarenta *confesiones* diversas, esto es, símbolos jurados por treinta ó cuarenta iglesias no menos enemigas entre sí que rebeldes á la iglesia romana. Las rebeliones engendraban rebeliones. Contra la iglesia luterana surgía Muncer, el anabaptista; surgía Schwenkfeld, que proclamó la inspiración individual; surgía Menno, tronco desventurado de numerosas sectas; surgía toda la escuela llamada sociniana, que corroyó las visceras de casi todas las iglesias protestantes. Al mismo tiempo que la iglesia de

Lutero se deshacía, la de Calvino andaba revuelta; porque se dividía en *arminianos* y *gomaristas*, que guerreaban con la biblia en una mano y la espada en la otra, terminando sus lides con el sínodo de Dordrecht, cuyas decisiones eran recibidas en Francia y en Suiza, rechazadas por cuatro provincias holandesas, combatidas por los luteranos, y vilipendiadas por los anglicanos. En Inglaterra, entre tanto, se cuarteaba la iglesia de Enrique VIII, que había venido á ser un juguete antes en las manos de un muchacho, Eduardo VI, y que cayó después bajo las tijeras de una mujer: Isabel. En vano para complacer á la multitud mendigaba errores de los luteranos, de los calvinistas y de los zuinglianos; contra el anglicanismo combatía la fiera iglesia presbiteriana, que capitaneó Knox (ya quemado en efígie por los protestantes de Ginebra); que rechazaba la institución de los Obispos; contra los presbiterianos combatía la iglesia brownista, que rechazaba también á los sacerdotes. Simultáneamente, y poco después, estas iglesias perdían gran parte de sus fieles por las recíprocas persecuciones, ó por las reformas de las reformas que se sucedieron, quedando un osario de iglesias: la purita-

na, la cameroniana; la cuáquera, la metodista, que (antes de morir su fundador) se dividió en wesleyana y en whitefieldiana; y así sucesivamente, alcanzando una rebelión á la otra, como una ola sucede á la otra en la tempestad, hasta nuestros días, en los cuales la división parece haber llegado al último extremo. Cuarenta iglesias mencionan hoy nuestras estadísticas, y todas vegetan en el suelo anglicano, sólo de los presbiterianos tenemos tres diferentes; se cuentan seis de los bautistas y ocho de los metodistas. En los cuarenta no se computan los tratarianos, ni los puseístas, ni los ritualistas. que, sin apartarse del anglicanismo, destruyen su profesión y constituyen ahora una mitad del alta iglesia episcopaliana; no se computan tampoco las innumerables iglesias de nuestros hermanos de los Estados Unidos, donde á cada cuarto de luna sale una nueva reforma, sin que las puedan conocer todas las que no leen los periódicos. Entre tal hervidero de iglesias, todos los frenesís hallan apóstoles y profetas que los transforman en artículos de fe. En la iglesia erwingiana, el culto se celebra por vía de éxtasis y de convulsiones; en la mormónica, se atribuye á Dios carne y hueso, como á un gran-

de y perfectísimo animal, concediéndose al hombre la facultad de tener cien mujeres. Los espiritualistas (iglesia reciente), creen explicar la biblia según las ilustraciones que reciben de los espíritus de los muertos. Los agapemonitas se santifican en las casas de amor, donde los fieles viven en "placeres inocentes," y en confusión, según la divina Escritura. Los perfeccionistas llegan á la perfección evangélica por la comunidad de mujeres. Los hermanos cristianos se atienen más al voluptuoso Corán que al Evangelio. . . . ¡Oh unidad de la Iglesia de Cristo! ¿Dónde estás en el protestantismo? ¿Dónde está el un Dios, una fe, un bautismo que proclamara San Pablo? ¿Cuál de vuestras iglesias erguir puede la cabeza y exclamar: soy la que Cristo llamó mi Iglesia?

Llegado á este punto, John descansó, respirando fuertemente. Había meditado más bien que leído, y una gran dificultad iba surgiendo en su mente, aumentando á medida que avanzaba en la lectura.—Señor Smith, dijo: permitidme una observación. Toda la historia del protestantismo, que compendiais en dos pequeñas páginas, prueba demasiado que, hablando en rigor, no es un reino, ni una familia, ni un

cuerpo, ni un rebaño, ni una iglesia; mas ¿no se podría decir que, relativamente á considerarse como hermanos los protestantes de todos los colores, están perfectamente unidos? Veo que al ajustar cuentas discordamos sólo de la iglesia papista; por lo que hace á las varias iglesias protestantes, nuestras diferencias son leves discordias en puntos accesorios, pero después se ponen de acuerdo en los fundamentales. Así, bien puede decirse que todas las iglesias protestantes forman la única iglesia de Cristo, su reino, su familia, su cuerpo, su rebaño.

Sonrió Sir Roberto por esta vulgarísima y tristísima objeción. Mostrando con su dedo el manuscrito:—Volved la hoja, exclamó, y hallareis este sofisma desvanecido. Nuestras disenciones son profundas, radicales, absolutas. Nos dividimos en el dogma de la naturaleza divina y en el de la Trinidad; nos dividimos sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la predestinación, sobre la fe, sobre las obras, sobre el libre albedrío, sobre la necesidad de los preceptos, sobre el bautismo, sobre la presencia real de Cristo en el Sacramento, sobre la confesión, sobre el culto de los santos y de la Madre de Dios, sobre la eternidad del

infierno y hasta sobre la biblia, que es esencialmente diversa en las varias iglesias, y sobre la cual corren opiniones de todo punto contrarias en nuestras distintas iglesias; en una palabra, no existe nada común, ó casi nada. Recurrir á la unidad del protestantismo en los puntos fundamentales, es declararse no enterado de nuestras profesiones de fe, y renegar de nuestra historia, tejido de luchas fratricidas, de recíprocas excomuniones, y frecuentemente de persecuciones con el hierro y el fuego.

—¿Luego, concluyó John un poco turbado, según vos, ninguna iglesia protestante, ni aun el protestantismo todo, considerado en su conjunto, merece el nombre de iglesia? Mereciéndolo aún menos las iglesias rusa, oriental y papista, seguiráse que no existe la iglesia de Cristo, y que nadie puede conseguir la eterna salvación.

—¡Nada de todo esto! exclamó sir Roberto Smith con aire de triunfo: sólo se infiere que la iglesia de Jesucristo hállase aquí (tocaba el tomo de la biblia). Esta iglesia es apostólica, porque la biblia viene de los apóstoles; es católica ó sea, universal, porque innumerable fué en todo tiempo el número de los que creyeron en

ella, ora se llamasen católicos, ora herejes, ora cismáticos: es santa, porque es la palabra de Dios, siendo justo el que la cree y observa; tiene, por último, una perfecta unidad; un solo dogma; una sola ley moral, un sólo juez, un solo centro: la biblia.—

John quedó aturdido, alucinado, satisfecho; tanto más, cuanto con este sistema concedía indulto á todas las escisiones protestantes, se hallaba hermano de los católicos y de todos los cristianos del mundo, sin mudar nada de su fe, colocándose en medio de la iglesia de Jesucristo. Mas Julia, que se había levantado para volver solícitamente á Fiésole, sintió hervir una mezcla de lástima é indignación hacia el delirante viejo; que después de tanto estudiar la religión, se había parado en un concepto pueril, absurdo, ridículo. Reprimiendo el ímpetu de su corazón, se acercó á él, y con voz dulce á par que manza, le dijo:—Perdonad, señor Smith, mas no hallo en vuestra conclusión la alteza de vuestro raciocinio. ¿Cómo sabeis vos que vuestra biblia es la de los apóstoles, si no lo asegura una iglesia infalible? ¿Cómo la biblia funda una iglesia santa, si lee cada uno en ella las teorías inmorales de que hablabais hace poco? ¿Cómo nace de la biblia

una fe universal, si en cada una de las iglesias cada cual la entiende á su modo? ¿Cómo puede jamás la biblia crear la iglesia una? La biblia, explicada por una iglesia autorizada, unifica los espíritus en una misma fe; mas explicada según el propio capricho, produce las divisiones profundas é inconciliables que conoceis, desde Simón Mago hasta los mormones de ayer y los viejos católicos de hoy, todas las vanas opiniones se fundan en la Escritura, interpretada según place á los reformadores. ¡Todos citan la biblia en favor de sus errores! Además, os contradecís (perdonadme la palabra, que se me ha escapado sin reflexión); porque, ¿cuándo ni dónde dijo Jesucristo que había puesto como fundamento de su Iglesia un libro santo, sí, pero mudo; un libro veraz, pero que puede interpretarse de un modo falso y fantásticamente? Cristo fundó una Iglesia infalible, dándole la misión de interpretar la biblia, para que floreciese la unidad de la fe. Aunque todos los lectores protestantes se pusieran de acuerdo para entender la biblia de un modo, ¿formaría por esto acaso una sociedad, un reino, una familia, una iglesia? No: cincuenta ó sesenta mil suscritores leen el *Times* y admiten sus ideas; mas

no por esto constituyen una sociedad política. No, no; señor Smith; mirad la historia de las herejías y de todo el protestantismo: vereis que la biblia, entendida como á cada uno acomoda, no es el fundamento de la Iglesia una, sino el fundamento de Babel; no es una piedra, sino una ruina. Presentad contra la iglesia que fundais sobre un libro los razonamientos que aducís contra las iglesias protestantes, y vereis que corresponden perfectamente... Entonces buscad otra iglesia, que cerca está de vos, y lleva en su frente todos los caracteres divinos que buseásteis en otras partes en vano.

--¿Os referís á la romana?

--No quiero poner nada de mi parte, respondió Julia. Vuestro talento y vuestra ciencia no necesitan del magisterio de una muchacha. En cuanto á mí, creo haber encontrado la verdadera iglesia...; la poseo y la gozo con indecible confianza y con tranquilidad infinita... —

Dichas estas palabras, Julia se despidió, dejando á Smith pensativo. John pidió permiso á su maestro para llevarse los manuscritos. Smith, cogiéndolos, escogió algunos. Le dejó los ya leídos, como también otros en los cuales desvanecía la opinión

de la unidad del protestantismo en los artículos fundamentales. Por lo que hace al último, en el cual levantaba su iglesia sobre la biblia, dijo:—Este lo quiero yo leer otra vez... é inquirir si la objeción de mis Julia tiene ó no fuerza. ¡Qué joven! Esta napolitana se nos presenta delante con los brazos en cruz, y con los ojos bajos, como una Virgen del beato Angélico; mas luego su lengua traspasa como una saeta. No puede negarse; tiene talento y corazón.—

Vuelto John á la villa, con el zurrón vacío y la mente llena de la discusión sobre las iglesias protestantes, poco seguro de la que su maestro deseaba construir sobre la biblia, llevaba en la frente una nube de melancolía.

Ignoraba por cierto aún que Julia, pocos minutos antes, había llevado á mistress Needle la deseada noticia de que al día siguiente podría trasladarse ya desde la casa de Fiésole á la villa del Casentino.